

PRÓLOGO

Hay sangre por todas partes.

Nunca había visto tanta sangre. La sustancia roja ha empapado la alfombra de color crema, empieza a penetrar en las tablas del suelo cercanas y motea las patas de la mesa de centro de roble. Unas gotitas perfectamente ovaladas han saltado hasta el asiento del sofá de piel de color claro, y grandes regueros se escurren por la pared de alabastro.

Parece no acabar nunca. Si busco con cuidado, ¿encontraré salpicaduras de sangre en el coche, que está en el garaje? ¿En las briznas de hierba del jardín? ¿En el supermercado que está en la otra punta del pueblo?

Y, lo que es peor, tengo las manos pringadas.

Qué porquería. Aunque no dispongo de mucho tiempo, me muero de ansias por limpiarlo todo. A mí me enseñaron que cuando se produce una mancha, sobre todo en la moqueta, hay que lavarla enseguida, porque, una vez que se seca, ya no hay quien la quite.

Por desgracia, aunque restregara con todas mis fuerzas, no podría hacer nada por el cuerpo sin vida que yace justo en medio del charco de sangre.

Evalúo la situación. Vale, la cosa pinta mal. No hay nada de sospechoso en que mis huellas estén por toda la casa, pero me costará más explicar la mugre carmesí que llevo incrustada en las uñas y en las líneas de las manos. Tampoco puedo restarle importancia a la mancha cada vez más oscura que se extiende por la parte delantera de mi camiseta. Estoy en un lío gordo.

Si alguien me descubre, claro.

Me examino las manos, sopesando los pros y contras de lavármelas en vez de salir pitando de aquí. Si me las lavo, perderé unos segundos preciosos y me expondré a que me pillen. Si me largo de inmediato, cruzaré la puerta con las palmas ensangrentadas e iré ensuciando todo lo que toque.

De pronto, suena el timbre.

Mientras el tintineo resuena por toda la casa, me quedo sin poder moverme, sin atreverme a respirar siquiera.

—¿Hola? —dice una voz conocida.

«Por favor, vete. Por favor».

La casa está en silencio. La persona que ha llamado a la puerta llegará a la conclusión de que no hay nadie y decidirá regresar en otro momento. O eso espero. Si no, todo habrá acabado.

El timbre suena de nuevo.

«Vete, por favor, vete».

No soy muy de rezar, pero ahora mismo estoy a punto de ponerme de rodillas. Bueno, lo haría si eso no implicara manchármelas de sangre.

Debe de haber concluido que no hay nadie. ¿Quién toca un timbre más de dos veces? Pero, justo cuando pienso que el peligro ha pasado, la persona sacude el pomo de la puerta. Y luego empieza a girarlo.

Oh, no. No está puesto el pestillo. Dentro de unos cinco segundos, la persona que ha llamado cruzará el umbral, se adentrará en el salón y entonces se encontrará con...

Esto.

La decisión está tomada. Tengo que salir corriendo. No hay tiempo para lavarme las manos ni para preocuparme por las pisadas sanguinolentas que voy a dejar. Debo largarme de aquí.

Mi única esperanza es que nadie descubra lo que he hecho.

PRIMERA PARTE

1

MILLIE

Tres meses antes

Me encanta esta casa.

Me encanta todo en esta casa. Me encantan el gigantesco jardín delantero y el aún más gigantesco jardín trasero (aunque en ambos la hierba empieza a amarillear). Me encanta que en el salón quepan bastantes más muebles que un sofá pequeño y un televisor. Me gustan los ventanales con vistas a esta calle que, según he leído hace poco en una revista, está en uno de los mejores barrios para vivir con niños.

Y, por encima de todo, me encanta que sea mía. La casa en el número 14 de Locust Street es toda mía. Bueno, sí, dentro de treinta años, cuando por fin acabe de pagar la hipoteca, será toda mía. No dejo de pensar en la suerte que tengo mientras deslizo los dedos por la pared de nuestra nueva sala de estar y me inclino hacia delante para admirar mejor el flamante papel tapiz con motivos florales.

—¡Mamá está besando la casa otra vez! —chilla una vocecita a mi espalda.

Me apresuro a apartarme de la pared, como si mi hijo de nueve años me hubiera pillado in fraganti con un amante secreto. No me avergüenza mi amor por esta casa. Estoy deseando proclamarlo a los cuatro vientos desde la azotea. (Tenemos una terraza impresionante en la azotea. De verdad que me encanta esta casa).

—¿No deberías estar guardando tus cosas? —digo.

Han subido todas las pertenencias y muebles de Nico a su habitación, así que debería estar deshaciendo las cajas, pero, en vez de eso, está botando una y otra vez una pelota de béisbol contra la pared, mi preciosa pared con un papel decorativo floreado. Hace menos de cinco minutos que vivimos en esta casa y ya está decidido a destrozarla. Se lo noto en los ojos castaño oscuro.

No es que no quiera a mi hijo más que a nada en el mundo. Si me viera en una de esas situaciones hipotéticas en la que tuviera que elegir entre la vida de Nico y esta casa, elegiría a Nico, por supuesto. Sin el menor asomo de duda.

Solo digo que, como le ocasione algún daño a esta casa, quedará castigado sin salir hasta que tenga edad de afeitarse.

—Ya guardaré mis cosas mañana —dice Nico. Su filosofía vital parece basarse en dejarlo todo para mañana.

—¿Y por qué no ahora? —sugiero.

Nico lanza al aire la pelota, que casi roza el techo. Si tuviéramos algún objeto de valor en esta casa, yo estaría sufriendo un infarto en este momento.

—Luego —insiste.

O sea, nunca.

Alzo la vista hacia la escalera de nuestra casa. ¡Sí, tenemos escalera! Una escalera como Dios manda. Bueno, los escalones crujen cada vez que los pisas y, si te agarras demasiado fuerte de la barandilla, es posible que te quedes con ella en la mano, pero el caso es que tenemos una escalera... ¡que además conduce a otro piso de la casa!

Se nota que he estado viviendo demasiado tiempo en Nueva York. No estaba muy convencida de regresar a Long Island después de lo que sucedió la última vez que viví aquí, pero eso fue hace casi dos décadas..., el pasado remoto.

—Ada —llamo, mirando hacia arriba—. Ada, ¿podrías bajar un momento?

Al cabo de unos instantes, mi hija de once años asoma la cabeza por el hueco de la escalera, de modo que alcanzo a ver su espesa y ondulada cabellera negra, y fija la mirada en mí. Los ojos, oscurísimos como los de Nico, los heredó de su padre. Sin embargo, estoy segura de que, a diferencia de su hermano, Ada ha estado ordenando sus cosas desde que hemos llegado. Es una alumna de sobresaliente, de esas que se ponen con los deberes sin que las obliguen y los terminan una semana antes de la fecha de entrega.

—Ada —digo—, ¿ya lo has guardado todo?

—Me falta poco —responde, para sorpresa de nadie.

—¿Crees que podrías ayudar a Nico a vaciar sus cajas?

Ada asiente sin vacilar.

—Claro. Vamos, Nico.

El crío ve esto como una oportunidad de endosarle casi todo el trabajo a su hermana.

—¡Vale! —responde entusiasmado.

Y, acto seguido, deja de aterrorizarme con la pelota de béisbol y sube los escalones de dos en dos para reunirse con ella en su habitación. Empiezo a advertirle a Ada que no deje que su hermano escurra el bulto, pero es una causa perdida. En estos momentos, yo misma tengo unas sesenta cajas por deshacer, así que me conformo con que el trabajo se haga.

Somos increíblemente afortunados por haber conseguido esta casa. Perdimos media docena de guerras de ofertas en barrios que ni siquiera eran tan chulos como este. Creía que no teníamos la más remota posibilidad de hacernos con esta pintoresca antigua granja situada en una población con colegios públicos tan bien valorados. Casi rompí a chillar de alegría cuando nuestra agente inmobiliaria me llamó para comunicarme que la casa era nuestra... ¡por un diez por ciento menos del precio que pedían por ella!

El universo debe de haber decidido que nos merecíamos un poco de buena suerte.

Miro por la ventana delantera al camión de mudanzas aparcado frente al jardín. Estamos en una pequeña calle sin salida en la que hay otras dos casas, y, al otro lado de la calzada, vislumbro la silueta de una persona en la ventana. Alguno de mis nuevos vecinos, supongo. Espero que sea agradable.

Cuando oigo unos golpes procedentes del interior del camión, abro de un tirón la puerta principal para ver qué pasa. Salgo trotando justo a tiempo para ver a mi marido bajarse del vehículo con uno de los amigos que se han ofrecido a echarnos una mano con el traslado. Yo quería contratar una empresa de mudanzas, pero él insistió en ocuparse de ello con la ayuda de sus colegas. Reconozco que tenemos que ahorrar hasta el último centavo para pagar las letras de la hipoteca. Incluso a pesar de la rebaja del diez por ciento, la casa de nuestros sueños no nos ha salido precisamente barata.

Mi esposo sostiene la mitad del peso del sofá del salón, con la camiseta pegada al torso por el sudor. Me horrorizo, porque a sus cuarenta y pico años lo que menos le conviene es fastidiarse la espalda. Expresé esta preocupación cuando planificábamos el cambio de casa, y él reaccionó como si fuera lo más ridículo que le

habían dicho en la vida, aunque yo me fastidio la espalda una semana sí y otra no, y no por acarrear sofás, sino por cosas como estornudar.

—¿Quieres hacer el favor de ir con cuidado, Enzo? —exclamo.

Alza la vista hacia mí desplegando una sonrisa, y me derrito. ¿Es normal eso? ¿A las otras mujeres que llevan más de once años casadas también les tiemblan las piernas a veces cuando ven a sus maridos?

¿No? ¿Solo a mí?

A ver, que no digo a todas horas. Pero la verdad es que aún me tiene enganchada. Supongo que en parte será porque, inexplicablemente, cada año que pasa está más bueno (mientras que yo simplemente me hago un año más vieja).

—Ya voy con cuidado —asegura—. Además, ¡este sofá es muy liviano! Casi no pesa.

Al oír esto, el tipo que sujeta el otro extremo del sofá pone los ojos en blanco. Aunque la verdad es que no se trata del sofá más robusto del mundo. Lo compramos en IKEA, lo que supone un avance respecto al sofá anterior, que rescatamos de la calle. Enzo tenía la teoría de que los mejores muebles eran los que encontrábamos en la acera, frente al bloque de pisos donde vivíamos.

Hemos madurado un poco desde entonces. O eso espero.

Mientras Enzo y su amigo llevan el sofá al interior de nuestro hermoso nuevo hogar, vuelvo a dirigir la mirada hacia la casa de enfrente, situada en el número 13 de Locust Street. Alguien sigue observándome desde la ventana. Como está a oscuras, no alcanzo a distinguir detalles, pero la silueta sigue ahí.

Alguien nos mira.

Pero eso no tiene nada de siniestro. La gente que vive en esa casa son nuestros nuevos vecinos, y es normal que despertemos su curiosidad. Yo misma, cada vez que veía un camión de mudanzas frente a nuestro edificio, me acercaba a la ventana para ver quiénes eran los recién llegados, y Enzo se reía y me decía que en vez de cotillear fuera a presentarme.

Esa es la diferencia entre él y yo.

Bueno, no es la única.

En un esfuerzo por enmendarme y ser más amigable, como mi marido, alzo la mano para saludar a la silueta. No veo por qué no entablar contacto con mi vecino del número 13.

Pero la persona en la ventana no responde a mi saludo. Por el contrario, el estor se cierra de pronto, ocultando la silueta.

Bienvenidos al vecindario.

2

Mientras Enzo lleva las últimas cajas a la casa, yo estoy fuera, sobre el escaso césped del jardín, escaqueándome de ordenar y fantaseando con el aspecto que tendrá esto cuando mi marido lo remodele. Es un mago de la jardinería. En cierto modo, nos conocimos gracias a eso. Este terreno casi parece un desafío imposible con sus zonas peladas y sus terrones que se desmoronan con facilidad, pero sé que, dentro de un año, tendremos el jardín más bonito de nuestra calle.

Sigo perdida en mis ensoñaciones cuando la puerta de la casa de al lado —el número 12 de Locust Street— se abre de golpe y aparece una mujer con una media melena de color rubio caramelo cortada a capas, una blusa blanca entallada, una falda roja y unos zapatos de tacón de aguja que parecen ideales para sacarle el ojo a alguien. (¿Por qué siempre me da por imaginarme cosas así?).

A diferencia del vecino de enfrente, parece simpática. Agita la mano en un saludo entusiasta y recorre el breve sendero de adoquines que separa su casa de la nuestra.

—¡Hola! —exclama con efusividad—. ¡Qué alegría conocer por fin a nuestros nuevos vecinos! Me llamo Suzette Lowell.

Cuando le estrecho la mano de uñas impecables, me propina un apretón sorprendentemente doloroso para tratarse de una mujer.

—Millie Accardi —me presento.

—Un auténtico placer conocerte, Millie —dice—. Os encantará vivir aquí.

—Yo ya estoy encantada —contesto con sinceridad—. Esta casa es fantástica.

—Desde luego. —Suzette asiente con la cabeza—. Ha estado desocupada un tiempo porque, bueno, ya sabes, las casas tan pequeñas no se venden con facilidad. Pero estaba segura de que al final aparecería la familia adecuada.

¿Pequeña? ¿Está insultando nuestra fantástica casa?

—Pues a mí me ha enamorado.

—Claro que sí. Es de lo más acogedora, ¿verdad? Y... —Mira de arriba abajo los escalones de la entrada, que se caen un poco a pedazos, aunque Enzo jura que los arreglará. Es una de las innumerables reparaciones que tenemos que hacer—. Rústica. Muy rústica.

Vale, definitivamente está insultando la casa.

Pero me da igual. Me sigue gustando mucho. No me importa lo que opine una vecina estirada.

—En fin, ¿tú trabajas, Millie? —pregunta Suzette, clavando en mí sus ojos de color verde azulado.

—Soy trabajadora social —respondo con un deje de orgullo. Aunque ya hace años que me dedico a ello, aún me enorgullece mi profesión. Sí, a veces resulta extenuante y desgarradora, y el sueldo no es para tirar cohetes, pero aun así no la cambiaría por nada—. ¿Y tú?

—Soy agente inmobiliaria —dice, sin un ápice menos de orgullo. Ah, eso explica que estuviera denostando nuestro hogar con esa jerga propia de su profesión—. En estos momentos el mercado está en auge.

Eso es verdad. De pronto caigo en la cuenta de que Suzette no intervino en la venta de esta casa. Si es agente inmobiliaria, ¿cómo es que sus vecinos no la contrataron para que vendiera su propiedad?

Enzo sale del camión cargado con más cajas, la camiseta aún pegada al pecho y el cabello húmedo. Recuerdo que llené una de esas cajas con libros y me preocupaba que pesara demasiado, pero él la ha levantado como si nada y, por si fuera poco, ha puesto otra encima. Me duele la espalda solo de verlo.

Suzette también lo observa. Sigue su recorrido desde el camión hasta la puerta principal, mientras se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Tu chico de las mudanzas está cañón —comenta.

—En realidad —digo—, es mi marido.

Se queda boquiabierto. Al parecer Enzo le ha causado mejor impresión que la casa.

—¿En serio?

—Ajá. —Después de dejar las cajas en el salón, Enzo sale de la casa a por más. ¿Cómo puede tener tanta energía? Cuando se dispone a subir de nuevo al camión, le hago señas para que se acerque—. Enzo, ven, que

te presento a Suzette, nuestra nueva vecina.

La aludida se apresura a alisarse la blusa y a colocarse un mechón rubio caramelo detrás de la oreja. Estoy bastante segura de que, si hubiera podido, se habría echado un vistazo rápido en un espejo de bolsillo y se habría retocado el pintalabios. Pero no hay tiempo para eso.

—¡Hola! —barbotea con la mano tendida—. ¡Encantada de conocerte! Enzo, ¿verdad?

Él le estrecha la mano mientras despliega una sonrisa que le arruga las comisuras de los ojos.

—Sí, soy Enzo. ¿Tú eres Suzette?

Ella suelta una risita mientras asiente con vehemencia. Su reacción parece un poco exagerada, aunque, para ser justos, él está desplegando todo su encanto. Hace más de veinte años que mi marido vive en este país y cuando charlamos sentados a la mesa del comedor el acento no se le nota mucho, pero, cuando se pone en plan irresistible, lo fuerza tanto que parece recién bajado del avión. O, como diría él, «del *aereo*».

—Os cautivaré este lugar —nos asegura Suzette—. Es un *culde-sac* de lo más tranquilo.

—Ya estamos cautivados —digo.

—Y vuestra casa es una auténtica bombonera —añade, recurriendo de nuevo a su creatividad para restregarme que nuestra casa es considerablemente más pequeña que la suya—. Es ideal para vosotros y vuestros hijos, sobre todo ahora que viene otro pequeñuelo en camino.

Al decir esto, fija una mirada elocuente en mi vientre, que desde luego no contiene ningún pequeñuelo. Hace nueve años que no llevo ningún pequeñuelo ahí dentro.

Lo peor es que Enzo vuelve la cabeza para mirarme y, por un momento, percibo un brillo de ilusión en sus ojos, aunque sabe perfectamente que me ligaron las trompas cuando me practicaron la cesárea de emergencia al nacer Nico. Bajo la vista hacia mi abdomen y advierto que, en efecto, la camiseta me hace bulto de un modo desafortunado. Siento que muero un poco por dentro.

—No estoy embarazada —le aclaro a Suzette y, al parecer, también a mi marido.

Ella se lleva la mano a los labios pintados de rojo.

—¡Huy, cuánto lo siento! Pensaba que...

—No pasa nada —la interrumpo antes de que empeore las cosas. La verdad es que adoro mi cuerpo. Cuando era veinteañera estaba hecha un palillo, pero por fin puedo presumir de unas curvas femeninas que sospecho que también complacen a mi esposo.

Dicho esto, tomo nota de tirar esta camiseta a la basura.

—Tenemos dos hijos. —Enzo me echa el brazo a los hombros, ajeno al insulto de Suzette—. Un chico, Nico, y una chica, Ada.

No podría estar más orgulloso de nuestros críos. Es un padrazo, y habría querido tener cinco más si yo no hubiera estado a punto de morir al dar a luz a nuestro hijo. Nos habría encantado adoptar o convertirnos en padres de acogida, pero, dados mis antecedentes, eso quedaba totalmente descartado.

—¿Tú tienes hijos, Suzette? —pregunto.

Ella mueve la cabeza de un lado a otro con expresión horrorizada.

—No, quita, quita. No me va el rollo maternal. En casa estamos solos mi marido Jonathan y yo. Somos un matrimonio que vive muy feliz sin hijos.

Genial, tiene marido. Entonces puede dejar en paz al mío.

—Pero en la casa frente a la vuestra vive un niño —agrega—. Va a tercero de primaria.

—Como Nico —dice Enzo, entusiasmado—. A lo mejor podemos presentarlos.

Debido al cambio de domicilio, hemos tenido que sacar a los chicos del colegio en mitad del año escolar. No exagero si digo que no hay nada peor que dejar sin clases a dos alumnos de primaria en pleno mes de marzo. Aunque me abrumaba el sentimiento de culpa, no podíamos permitirnos pagar la hipoteca y el alquiler a la vez hasta el final de curso, así que no nos quedaba otra.

A Nico, que es tan extrovertido como su padre, no pareció afectarle. Para él, enfrentarse a un aula nueva repleta de chicos a los que impresionar con sus travesuras representaba una aventura divertida. Aunque Ada se tomó la noticia con serenidad, luego la sorprendí llorando en su habitación porque ya no vería más a sus dos mejores amigas. Espero que, cuando llegue el otoño, los dos se hayan aclimatado y que el trauma de cambiar de residencia en mitad del año escolar no sea más que un recuerdo lejano.

—Podéis ir a presentaros —dice Suzette, encogiéndose de hombros—, pero Janice, la mujer que vive ahí, no es muy sociable. Apenas sale de casa más que para acompañar a su hijo a la parada del autobús. Casi siempre que la veo está en la ventana, mirando a la calle. Menuda metomentodo.

—Ah —digo, preguntándome cómo puede ser tan cotilla si nunca sale de casa.

Dirijo la mirada al número 13 de Locust, al otro lado de la calle. Todas las ventanas están oscuras, pese a que es pleno día y las personas que viven ahí parecen estar en casa.

—Espero que consigáis unos buenos estores para vuestras ventanas —me dice Suzette—, porque la mujer tiene una vista panorámica de vuestra casa.

Enzo y yo giramos al mismo tiempo la cabeza en dirección a nuestro nuevo hogar, y de repente caemos en la cuenta de que no hay cortinas ni estores en una sola de las ventanas. ¿Cómo se nos ha podido escapar algo así? ¡Nadie nos dijo que teníamos que adquirir estores! ¡En todas nuestras viviendas anteriores ya venían instalados!

—Compraré estores —me murmura Enzo al oído.

—Gracias.

Me da la impresión de que a Suzette le divierte vernos tan perdidos.

—¿Vuestro agente inmobiliario no os recordó que faltaban los estores?

—Parece que no —mascullo.

Supongo que está insinuando que, si le hubiéramos comprado la casa a ella, nos lo habría recordado.

—Puedo recomendaros una empresa de instalación estupenda —dice—. Vinieron a casa el año pasado. Nos pusieron unos estores plisados preciosos en la planta baja y el primer piso, y unas contraventanas encantadoras en la buhardilla.

No quiero ni imaginar lo que debió de costarles eso. Mucho más de lo que podemos pagar, eso seguro.

—No, gracias —dice Enzo—. Yo me apaño.

Ella le guiña un ojo.

—No lo dudo.

¿Será posible? Empiezo a hartarme de que esta mujer le tire los tejos a mi marido delante de mis narices. No es ni mucho menos la única, pero, por Dios, señora, que somos vecinos. ¿No podría al menos disimular un poco? Una parte de mí se siente tentada a decirle algo, pero prefiero no ganarme una enemiga a los cinco minutos de haberme mudado aquí.

—Por cierto —dice—, quería invitar a vuestra familia a cenar con nosotros. Me refiero a vosotros dos, por supuesto... Y los niños también, si queréis. —No parece entusiasmarle la idea de que nuestros hijos profanen su hogar. Y eso que no conoce la propensión de Nico a destrozar algún objeto caro cinco minutos después de entrar en una habitación.

—Claro, estaría genial —dice Enzo.

—¡Fabuloso! —Ella le sonríe, radiante—. ¿Qué tal mañana? Me imagino que no tendréis la cocina a punto todavía, así que será una preocupación menos.

Enzo me mira arqueando las cejas. Posee una energía inagotable para las relaciones sociales, pero yo soy del grupo de los introvertidos, por lo que le agradezco que me consulte antes de aceptar. Para ser sincera, la perspectiva de pasar una velada con esta mujer me repele. Es demasiado intensa para mi gusto. Pero, ya que vamos a vivir aquí, ¿no conviene hacer buenas migas con los vecinos? ¿No es eso lo que hacen las familias normales de las zonas residenciales? Y, tal vez, cuando la conozca mejor, ya no me resulte tan odiosa.

—Claro —digo—. Estaría muy bien. Apenas conocemos a nadie en Long Island.

Suzette echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que deja al descubierto una hilera de dientes blancos como perlas.

—Ay, Millie...

Miro de reojo a Enzo, que se encoge de hombros. Él tampoco parece entender qué le hace tanta gracia.

—¿Qué pasa?

—Deberías oírte —dice con una risita nerviosa—. Aquí nadie dice «Long Island».

—Ah... ¿No?

—¡No! —Menea la cabeza, exasperada—. Decimos «la isla», sin más. Solo los que no se enteran se refieren a ella por el nombre oficial.

Enzo se rasca el oscuro cabello. No tiene ni una cana, por cierto. En cambio, yo encanecí por completo cuando nació Nico, pero me tiño. A Enzo solo le salen unos pelos grises en la barba, cuando se la deja crecer. Sin embargo, el día que se lo comenté, se hurgó en el cuero cabelludo hasta encontrar una cana solitaria que me mostró como para consolarme.

—Pues no lo entiendo —digo—. ¿Significa eso que a Staten Island, por ejemplo, también hay que llamarla «la isla»?

La sonrisa se le borra del rostro.

—El caso de Staten Island no tiene nada que ver.

Intento captar la atención de Enzo, pero parece muy entretenido con el diálogo.

—Bueno, pues estamos muy contentos de vivir aquí en «la isla», Suzette. Y nos hace ilusión cenar con vosotros mañana.

—Me muero de ganas —afirma ella.

Fuerzo una sonrisa.

—¿Quieres que lleve algo?

—Ah. —Se da unos golpecitos con el índice en el mentón—. ¿Por qué no traes el postre?

Lo que me faltaba. Ahora tengo que pensar en un postre que le parezca aceptable a Suzette. Me temo que una caja de Oreos no estaría a la altura.

—¡Por mí, estupendo!

Mientras Suzette se aleja hacia su casoplón con los tacones repiqueteando sobre los adoquines del sendero, noto una punzada en la boca del estómago. Con lo ilusionada que estaba cuando compramos esta casa... Llevábamos mucho tiempo hacinados en pisos diminutos, y por fin había conseguido el hogar de mis sueños.

Pero, por primera vez, me pregunto si no habré cometido un terrible error al mudarme aquí.

3

Hoy cenaremos los cuatro en la mesa de la cocina. ¿Os imagináis? Una mesa en la cocina. Así es, ahora tenemos espacio suficiente nada menos que para una mesa. En la cocina de nuestro último piso apenas cabía una persona.

Hemos pedido la cena a un restaurante chino que nos ha dejado un folleto en el buzón. No soy muy maniática con la comida, ni Enzo tampoco. Lo único que se niega a comer son platos italianos. Dice que en ningún restaurante los preparan bien y siempre se lleva una desilusión. Sin embargo, no tiene problema con la pizza para llevar, pero es porque, desde su punto de vista, no se trata de un plato italiano.

Ada tampoco tiene muchas manías, en cambio Nico es de lo más quisquilloso. Por eso, mientras los demás cenamos fideos *lo mein* y ternera con brócoli, el crío come un arroz blanco sazonado con un trozo de mantequilla y abundante sal que le he preparado. Estoy bastante segura de que le corre por las venas arroz mantequilloso.

—Nuestra primera cena en la casa nueva —anuncio, orgullosa—. Por fin inauguramos la mesa de la cocina.

—¿Por qué dices eso todo el rato, mamá? —pregunta Nico—. ¿Por qué no paras de decir que inauguramos cosas?

En honor a la verdad, no sé si me había oído usar la palabra «inaugurar» antes, pero en las últimas horas la he pronunciado por lo menos cinco veces. Hace un rato, cuando estábamos sentados en el sofá, he comentado que estábamos inaugurando el salón. Luego, cuando ha salido al patio de atrás con su pelota de béisbol, he dicho que estaba inaugurando el jardín. Y, en algún momento, es posible que se me haya escapado que iba a inaugurar el váter.

—Lo que pasa es que mamá está ilusionada con la casa. —Enzo alarga el brazo por encima de la mesa de la cocina para tomarme de la mano—. Y con razón. Es una casa muy bonita.

—No está mal —acepta Nico—. Aunque molaría más si estuviera pintada de rojo y tuviera unos arcos amarillos.

Vaya. Si no he entendido mal, creo que mi hijo me está diciendo que quiere vivir en un McDonald's.

Me da igual. Hemos comprado esta casa por ellos dos. En el Bronx vivíamos apretujados en un piso minúsculo, y algunos hombres empezaban a lanzarle miradas lascivas a Ada cuando regresaba a pie a casa. Ahora estamos en un distrito escolar estupendo, y tendrán espacio para jugar en el patio trasero y pasearse por el barrio sin preocuparse de que los atraquen. Aunque no sepan apreciarlo, es lo mejor que podíamos hacer por ellos.

—Mamá... —Ada juguetea con unos fideos en su plato, y me doy cuenta de que apenas ha probado bocado—. ¿Mañana ya tenemos colegio?

Junta las oscuras cejas. Mis dos hijos se parecen tanto a su padre que se diría que son clones suyos y yo no soy más que la incubadora de la que salieron. Ada es preciosa, con su cabellera negro azabache y esos ojos castaños que ocupan la mitad de su rostro. Según Enzo, ha salido clavada a su hermana Antonia. Está a punto de iniciar la fase de transición de niña a adulta y, dentro de no mucho tiempo, se convertirá en una mujer que

atraerá muchas miradas. Cuando eso ocurra, Enzo sin duda tendrá que llevar consigo un bate de béisbol a todas horas. Aunque no lo reconoce, tiende a sobreprotegerla.

—¿Te sientes preparada para ir a clase? —le pregunto.

—Sí —responde, aunque mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Coincide con la vuelta de vacaciones de primavera —señalo—, así que los otros chicos no se habrán visto desde hace cerca de una semana. Seguramente ya ni se acordarán unos de otros.

Aunque esto no le hace ni pizca de gracia a Ada, a Nico se le escapa una risita.

—Si quieres, yo te llevo mañana —se ofrece Enzo—. Podemos ir en mi camioneta.

A ella se le iluminan los ojos, porque le encanta viajar en la camioneta de su padre.

—¿Me dejarás ir en el asiento de delante?

Enzo me mira con las cejas en alto. Se pirra por mimarlos, pero le agradezco que me pida permiso para hacerlo.

—Aún eres demasiado pequeña para ir en el asiento delantero, cielo. Pero pronto podrás —digo.

—¡Quiero coger el bus del cole mañana! —declara Nico. El año pasado vivíamos tan cerca del centro de educación primaria que no le hacía falta tomar el autobús escolar, así que en su imaginación la experiencia de «coger el bus» es equiparable a la de visitar una fábrica de chocolate repleta de Oompa Loompas. Se diría que no piensa en otra cosa—. ¿Puedo, mamá?

—Claro —contesto—. Y, Ada, si quieres que te lleve tu padre...

—No —dice ella con firmeza—. Iré en el autobús con Nico.

Mi hija tendrá sus cosas, pero es increíblemente protectora con su hermano pequeño. Aunque dicen que los niños suelen ponerse muy celosos cuando llega un bebé nuevo a casa, Ada quedó prendada de Nico al instante. Dejó a un lado sus muñecas para volcarse en él. Tengo unas fotos supertiernas de ella acunando a Nico en el regazo y dándole el biberón.

—Y otra cosa... —Nico se lleva de nuevo una cucharada de arroz blanco a la boca, aunque solo cerca del ochenta por ciento de los granos consigue colarse entre sus labios. El resto se desparrama sobre sus piernas y por el suelo—. ¿Puedo tener una mascota, mamá? ¿Porfí?

—Pues... —murmuro.

—Dijiste que, cuando fuera mayor y más responsable, podría tener una mascota —me recuerda.

Bueno, mayor es. Pero responsable, lo que se dice responsable...

—¿Un perro? —pregunta Ada, esperanzada.

—Hay que vallar el jardín antes de plantearnos tener un perro —les digo. Además, preferiría gozar de una situación económica más estable antes de incorporar otro miembro a la familia.

—¿Una tortuga, entonces? —sugiere Ada.

Me recorre un escalofrío.

—No, por favor, una tortuga no. Odio las tortugas.

—Yo no quiero un perro ni una tortuga —dice Nico—, sino una mantis religiosa.

Por poco me atraganto con una cabeza de brócoli.

—¿Una qué?!

—De hecho, es una buena mascota —tercia Enzo—. Muy fácil de cuidar.

Madre mía. ¿Enzo ya sabía que Nico quería traer a casa uno de esos bichos horribles?

—No. No vamos a adoptar una mantis religiosa.

—Pero ¿por qué, mamá? —insiste Nico—. Molan un montón. La guardaré en mi habitación y tú no tendrás que verla nunca. A menos que quieras.

Me dedica una de sus sonrisas arrebatadoras. Ahora mismo está monísimo con su adorable carita redonda y sus dientes separados, pero tengo claro que dentro de unos seis o siete años será un rompecorazones como lo era su padre antes de estar conmigo.

—Da igual que no la vea —replico—. Sabré que está ahí.

—No dejaremos que se escape —me asegura Enzo, dirigiéndome su propia versión de la misma sonrisa. Maldigo a mi marido por ser tan guapo.

—¿Y qué le daréis de comer? —pregunto.

—Moscas —responde Nico.

—No. —Muevo la cabeza de un lado a otro—. Me niego.

—Tranquila —dice Nico—. Son moscas que no vuelan.

—Mosquitas muertas —bromea Enzo.

—Además, no te costará ni un centavo —añade Nico—. Nosotros mismos criaremos las moscas.

—No. No, no, no.

Enzo me da un apretón en la rodilla por debajo de la mesa.

—Millie, hemos sacado a los chicos de su colegio y los hemos obligado a mudarse aquí. Si Nico quiere una mantis...

Mierda. Él también quiere la mantis. Es justo el tipo de cosas que considera guais.

Me vuelvo hacia Ada para pedirle ayuda, pero está demasiado abstraída formando montoncitos de fideos en su plato que componen las letras de su nombre. No suele jugar con la comida, así que sin duda está muy nerviosa.

—Suponiendo que dé mi consentimiento —digo—, ¿dónde compraríamos una mantis religiosa?

Enzo y Nico chocan los cinco, lo que se me antojaría una escena deliciosa si no me aterrorizara tanto ese insecto que pretenden meterme en casa.

—Podemos comprar un saco de huevos de mantis religiosa —explica Nico. Dios santo, ¿cuánto tiempo llevan maquinando esto? Da la impresión de que lo han planeado todo hasta el último detalle—. Luego los huevos eclosionan y salen cientos de mantis.

—Cientos...

—Pero no pasa nada —se apresura a tranquilizarme Enzo—. Se comen unas a otras, así que por lo general solo sobreviven una o dos.

—Y entonces podemos inaugurarlas —agrega Nico—. ¿Te parece bien, mamá?

Imaginarme la cara de horror que pondría Suzette Lowell si descubriera que en su perfecto *cul-de-sac* hay una mantis religiosa y una colonia entera de moscas que no vuelan es lo único que me divierte de esta situación. Está bien, de acuerdo, supongo que pasaré por el aro. Pero juro por Dios que, como mi nuevo y hermoso hogar se llene de moscas, Nico tendrá que buscarse otro lugar donde vivir.

4

Como deshaga una caja más, potaré.

He vaciado cinco millones de cajas hoy. Y es un cálculo a la baja. En este momento estoy en el baño del dormitorio principal, contemplando una caja de cartón en la que escribí «BAÑO» con rotulador permanente, pero me faltan ánimos para abrirla, a pesar de que en su interior hay artículos de primera necesidad para la higiene personal. A lo mejor me lavo los dientes con el dedo esta noche.

Oigo unos pasos que se acercan al otro lado de la puerta, y, al cabo de un segundo, Enzo asoma la cabeza. Sonríe al verme ahí de pie con mi caja marcada con la palabra BAÑO.

—¿Qué haces? —pregunta.

Dejo caer los hombros.

—Deshago cajas.

—Llevas toda la tarde deshaciendo cajas —señala—. Basta. Seguimos mañana.

—Pero necesitamos lo que hay aquí dentro. Son cosas para el baño.

Enzo parece a punto de decir algo para disuadirme, pero se lo piensa mejor. En vez de eso, se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros desgastados y saca la navaja que siempre lleva encima. Su padre se la regaló cuando era niño, tras mandar grabar en ella sus iniciales, E. A. Aunque la navaja tiene casi cuarenta años, él la mantiene bien afilada, y corta fácilmente con ella la cinta de embalar que me impedía abrir la caja.

A continuación, me ayuda a extraer los objetos que contiene. Cuando conocí a este hombre que hacía que me temblaran las piernas, no me imaginé ni por un momento que un día estaríamos juntos en un baño ordenando pastillas de jabón y botellas de champú pegajosas. Sin embargo, contra todo pronóstico, Enzo se ha adaptado de buen grado a la vida doméstica.

Llevábamos menos de un año viviendo juntos cuando, a pesar de nuestro escrupuloso uso de los anticonceptivos, tuve un retraso. Me aterraba su reacción, pero cuando se lo dije se puso a dar brincos de alegría. «¡Por fin vamos a ser una familia!», exclamó. Sus padres y su hermana habían muerto, y yo no tenía idea de lo importante que era para él formar una familia propia. Nos casamos un mes más tarde.

Y ahora, más de una década después, llevo el tipo de vida doméstica de clase media que ni en sueños creía posible para mí, ni con Enzo ni con nadie. A muchos les parecería aburrida, pero a mí me encanta. Siempre había querido disfrutar de una existencia normal y tranquila. Simplemente he tardado más que la mayoría de la gente en alcanzarla.

Enzo saca sus maquinillas de afeitar, y la caja por fin está vacía. Hemos terminado. Vale, aún hay cinco millones de cajas en la casa, pero hemos vaciado una, así que quedan cinco millones menos una. Supongo que acabaremos de instalarnos en algún momento de las próximas tres o cuatro décadas.

—Bueno —dice Enzo—. Por hoy ya está.

—Sí —convengo.

Echa un vistazo por encima del hombro a la cama *queen size* cubierta con sábanas limpias, y luego me mira a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? —digo para tomarle el pelo—. ¿Quieres inaugurar la cama?

—No —responde—. Quiero profanarla.

Se me escapan unas carcajadas que se ven interrumpidas cuando él me levanta en brazos y cruza el umbral hasta el lecho en nuestro nuevo y precioso dormitorio principal. Siento el impulso de decirle que tenga cuidado con la espalda, pero, considerando que ha acarreado cajas que pesan el doble que yo (o eso espero), supongo que sabe lo que se hace. No se detiene hasta que llegamos a la cama y me deposita sobre las sábanas.

Enzo se arranca la camiseta y se coloca encima de mí, besándome el cuello, pero, pese a mis ganas de dejarme llevar, los ojos se me van hacia los dos ventanales que hay justo al lado de la cama. ¿Por qué no hemos comprado unos estores? ¿Qué clase de idiota se instala en una casa sin antes asegurarse de tener algo con lo que tapar las ventanas?

Desde el lugar que ocupo sobre el colchón, cuento con una magnífica vista de la casa de enfrente. Aunque las ventanas están oscuras, percibo un movimiento fugaz en una de las habitaciones de la planta superior. O al menos eso me parece.

Enzo se aparta al notar que me he puesto tensa.

—¿Qué te pasa?

—Las ventanas —murmuro—. Se ve todo.

Yergue la cabeza y echa una ojeada por los ventanales al número 13 de Locust Street.

—Las luces están apagadas. Están durmiendo.

Dirijo de nuevo la mirada a la ventana y esta vez no capto ninguna señal de movimiento. Pero la he visto antes, hace solo un momento. Estoy segura.

—Yo creo que no.

Me guiña un ojo.

—Pues que disfruten del espectáculo.

Clavo los ojos en él.

—Está bien —refunfuña—. ¿Qué te parece si apagamos la luz?

—Vale.

Enzo se quita de encima de mí para pulsar el interruptor. La habitación queda sumida en la oscuridad.

Me retuerzo sobre las sábanas, incapaz de despegar la vista de las ventanas desnudas.

—¿No te parece raro que nos hayan dejado la casa tan barata?

—¿Barata? —suelta Enzo—. ¡La entrada nos ha costado todos nuestros ahorros! Y la hipoteca es...

—Pero nos la han vendido por debajo del precio inicial —señalo—. Ningún otro propietario estaba dispuesto a rebajar el precio inicial.

—Necesita muchas reformas.

—Las otras casas también. —Me incorporo en la cama—. Y aun así no ganamos la puja de ni una sola.

Enzo me mira con exasperación.

—Ahora que te hemos conseguido la casa de tus sueños, ¿no estás contenta con ella? ¡Hemos tenido suerte! ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

Porque, seamos realistas, yo nunca tengo suerte en nada.

—Millie... —dice Enzo con esa voz ronca que sabe que me resulta irresistible—. Disfrutemos de nuestra primera noche en la casa de nuestros sueños, ¿vale?

Se tumba de nuevo en la cama, junto a mí, y llegados a este punto me tiene rendida a sus encantos. Sin embargo, echo un último vistazo por la ventana y, aunque la casa está al otro lado de la calle, juraría que alcanzo a distinguir un par de ojos fijos en mi cuerpo.

Observádonos.

5

Hoy es el primer día de los niños en su nuevo colegio. Ada estrena el vestido que le compré para la ocasión. Es rosa claro, sin mangas, y, si fuera de mi hijo, seguramente acabaría manchado de tierra y mugre antes de llegar a la puerta, pero a ella le encanta y sin duda tendrá cuidado de que no se ensucie. En cuanto a Nico, me conformo con que se haya puesto ropa limpia y sin agujeros.

Según me han informado, el autobús para delante del 13 de Locust Street, así que, conduciendo a los niños como si fueran ganado, salgo de casa, paso por delante del número 12, donde vive Suzette, y cruzo hasta el domicilio de la vecina que estoy convencida de que ha estado espíándonos a través de nuestras ventanas sin estores desde ayer. En efecto, hay una mujer y un niño aguardando en la parada, pero no son como me los había imaginado.

Para empezar, la mujer es mayor de lo que me esperaba. Hay amigos de mis hijos con madres más jóvenes que yo, pero esta mujer podría ser mi madre. Está en los huesos, tiene el cabello canoso y áspero, y dedos que casi parecen garras. Y, aunque Suzette me dijo que su hijo tiene la edad de Nico, el muchachito que está a su lado aparenta por lo menos dos años menos. Está tan escuálido como su madre y, aunque es un templado día de primavera, lleva un grueso jersey de lana de cuello alto que tiene toda la pinta de picar y de ser incomodísimo.

Por otro lado, es muy posible que ella no sea su madre. A lo mejor es su abuela. Desde luego parece lo bastante mayor para serlo. Pero no pienso preguntárselo. No soy una Suzette cualquiera. Es una de esas cosas que no hay que decirle a una persona que acabas de conocer, en la línea de otras como «¿estás embarazada?» (maldita camiseta abultada).

Cuando me acerco a ellos, la mujer me mira entornando los ojos tras sus gafas de pasta. No puedo evitar reparar en la cadena plateada que cuelga de las patillas, algo que siempre he asociado con la tercera edad, aunque una de las amigas de Ada en el Bronx llevaba una, así que a lo mejor se han vuelto a poner de moda.

—¡Hola! —digo con voz cantarina, decidida a trabar amistad con esta mujer. A fin de cuentas, no me vendría nada mal hacer amigos en Long Island. Huy, perdón, quería decir en «la isla».

La mujer esboza una sonrisa tibia que más bien parece una mueca.

—Hola —responde en el tono menos expresivo que he oído en mi vida.

—Me llamo Millie —continúo.

Fija en mí una mirada vacía. Este es el momento en el que cualquier otra persona me diría su nombre, pero ella no se da por aludida.

—Y ellos son Nico y Ada —añado.

Al final, ella posa la mano en el hombro del muchachito.

—Él se llama Spencer —dice—. Y yo, Janice.

De pronto, el chico cambia de posición, y veo lo que parece una argolla en la parte inferior de su mochila, a la que va enganchada una tira que la mujer sujeta por el otro extremo. Dios mío: es una correa. ¡Lleva al pobre crío atado con una correa!

—Mucho gusto —contesto. ¿O debería darle unas palmaditas en la cabeza?—. Tengo entendido que Spencer va a... tercero, ¿verdad?

Mientras lo digo, se me antoja imposible. Nico, que es de estatura media, le saca casi una cabeza a Spencer. Pero el niño asiente con la cabeza.

—Sí —confirma.

—¡Qué guay! —A Nico le brillan los ojos—. Mi maestra es la señora Cleary. ¿Cuál es la tuya?

—«Cuál» es la tuya —lo corrige Janice.

Nico alza los ojos castaño oscuro hacia ella, parpadeando.

—He dicho que la mía es la señora Cleary —dice con voz pausada, como dirigiéndose a una persona tonta. Tengo que aguantarme la risa.

Cuando Janice se dispone a aclararle que intentaba enseñarle la forma correcta de decirlo, Spencer la interrumpe.

—¡La mía también! ¡Yo también tengo a la señora Cleary! —exclama.

Los niños se ponen a charlar animadamente, lo que me llena de alegría. Nico es tan sociable que es capaz de hacer buenas migas hasta con los chicos más tímidos. Envidio esta habilidad suya.

Le dedico a Janice una sonrisa de complicidad.

—Vaya, parece que Nico ha hecho su primer amigo aquí.

—Sí —dice Janice con bastante menos entusiasmo.

—¿Podrían quedar para jugar de vez en cuando?

—Quizá. —Las arrugas que se entrecruzan en su rostro se le marcan más cuando frunce el ceño—. ¿Tu hijo está al día en todas sus vacunas?

Todos los colegios públicos exigen que los alumnos tengan una pauta completa de vacunación, aunque seguro que eso ya lo sabe. Pero, bueno, no pierdo nada con seguirle la corriente.

—Sí.

—¿Incluida la de la gripe?

Ni siquiera es temporada de gripe, pero qué más da.

—Sí.

—Toda precaución es poca, ya sabes —dice—. Spencer es muy delicado.

Es cierto que el chaval parece bastante delicado, con su piel casi translúcida y su diminuto cuerpo envuelto en ese gigantesco jersey de lana. Sin embargo, ahora que está conversando con Nico, le ha subido algo de color a las mejillas.

—Como soy nueva aquí, me gustaría que nos conociéramos mejor —digo—. Mi esposo y yo vamos a cenar esta noche con Suzette y Jonathan.

—Ah. —Tuerce los labios en un gesto de desagrado—. Yo que tú me andarías con ojo con esa mujer. —Me mira con cara de quien sabe de lo que habla—. Y, sobre todo, vigilaría bien a ese marido tan guapo que tienes.

No sé qué insinúa. Sí, Suzette es muy atractiva y, sí, se ha pasado un poco con sus flirteos. Pero confío en mi esposo. Sé que no me va a poner los cuernos con la vecina de al lado. Por otra parte, no me hace mucha gracia que Janice se crea con derecho a hacer comentarios como ese.

—Suzette parece... maja —digo por cortesía, aunque no tengo claro si en el fondo me lo creo.

—Pues no lo es.

No sé qué contestar a eso, pero, por fortuna, en ese momento llega el autobús escolar, y Janice desengancha al niño de la correa (aunque seguro que lleva un microchip con GPS implantado en el cerebro o algo por el estilo). Nico está tan entusiasmado con su nuevo amigo que apenas responde a mi emotiva despedida. A pesar de todo, me deja plantarle un beso en la frente y tiene la delicadeza de no limpiársela con la manga hasta que sube los escalones del autobús. Ada, en cambio, me abraza y se aferra a mí durante tanto rato que me entran ganas de llevarla hasta el cole.

—Vas a hacer un montón de amigos —le murmuro al oído—. Solo tienes que ser tú misma.

Ella me mira con escepticismo. Puaj, no puedo creer que haya dicho eso. No hay peor consejo que recomendarle a alguien que sea él mismo. Siempre me ha dado mucha rabia cada vez que alguien me lo ha dicho. Pero hasta ahí llega mi sabiduría. Por eso no tengo más amigos.

Ojalá Enzo estuviera aquí. Él sabría exactamente qué decir para arrancarle una sonrisa. Sin embargo, ha salido temprano de casa para realizar un trabajo de paisajismo, así que tengo que apañarme sola.

—¡Os espero en casa esta tarde! —les digo mientras suben al autobús. Voy a tomarme medio día libre hoy para asegurarme de estar en casa cuando vuelvan del colegio, aunque, en el futuro, seguramente llegarán entre treinta minutos y una hora antes que yo.

Las puertas del autobús se cierran de golpe y el vehículo arranca, llevándose consigo a mis dos hijos. Experimento esa punzada de ansiedad que siempre siento cuando no estoy con ellos. ¿Dejaré de sentirla algún día? Todo resultaba mucho más fácil cuando los llevaba en mi vientre. Bueno, salvo por la preeclampsia potencialmente mortal que sufrí en mi tercer trimestre de embarazo de Nico, que fue lo que motivó mi decisión de ligarme las trompas.

No es hasta cuando el autobús desaparece de la calle sin salida que me percaté de que Janice me mira con expresión horrorizada.

—¿Hay algún problema? —pregunto en el tono más cordial posible.

—Millie —dice—, no esperarás que vuelvan solos a casa andando, ¿verdad?

—Pues sí. —Señalo mi casa, que está a tiro de piedra—. Vivimos ahí mismo.

—¿Y qué? —replica ella—. Nosotros vivimos aquí mismo. —Apunta a su casa, que está justo a nuestra espalda—. Pero no me verás dejando solo a Spencer ni un segundo. Si un depredador se fija en un hijo tuyo, puede raptarlo así de fácil.

Chasquea los dedos delante de mis narices para expresar la inmediatez de la amenaza.

—Pero es una población bastante tranquila —respondo con tacto, para no decirle directamente que es ridículo que lleve a un chaval mayorcito como su hijo con correa.

—Es una falsa sensación de seguridad —rebate con una mueca desdeñosa—. ¿No sabías que hace tres años un niño de ocho desapareció en plena calle?

—¿¡Aquí!?

—No, a unos pueblos de distancia.

—¿Dónde?

—Te he dicho que a unos pueblos de distancia. —Me mira mal—. Su madre le soltó la mano un segundo y alguien se lo llevó. Ya no se supo más de él.

—¿De verdad?

—Sí. Removieron cielo y tierra para encontrarlo. Pidieron ayuda a la policía, el FBI, la CIA, la Guardia Nacional y una médium. Ni siquiera la médium fue capaz de localizarlo, Millie.

Desconozco los detalles de este supuesto rapto, pero desde luego no he oído mencionar nada parecido en las noticias. Además, fue un suceso que ni siquiera se produjo en este barrio. Para Janice, «a unos pueblos de distancia» podría querer decir California. No sé si serviría de mucho explicarle que, según las estadísticas, casi todos los secuestros infantiles son perpetrados por miembros de la familia. Janice parece muy convencida. Seguramente Spencer irá con correa hasta que cumpla los treinta.

—Pues más tarde o más temprano tendrán que regresar a casa solos —digo—. Mi esposo y yo trabajamos, y no podemos venir a recogerlos todos los días.

Janice me mira asombrada.

—¿Tú trabajas?

—Pues... sí.

Da varios chasquidos con la lengua en señal de desaprobación.

—Cuando mi marido falleció, me dejó dinero suficiente para que no tuviera que volver a trabajar.

—Ah, qué bien.

—Me parece tristísimo que tus hijos no tengan a su madre en casa —continúa—. Nunca conocerán el amor que merecen, el amor de una madre incapaz de abandonarlos.

Me quedo boquiabierta.

—Mis hijos saben que los quiero.

—¡Pero piensa en todo lo que te estás perdiendo! —exclama—. ¿Eso no te da pena?

Me vienen a la punta de la lengua las palabras «al menos yo no ato a mis críos con una correa», pero, por obra de algún milagro, consigo mantener la boca cerrada. Mis hijos saben que los quiero. Por otra parte, adoro mi trabajo, y ayudo a la gente en el hospital. Además, aunque no fuera así, ahora mismo necesitamos hasta el último centavo de los ingresos de los dos mientras Enzo rehace su negocio aquí.

—No nos va tan mal —me limito a decir.

—Bueno, seguro que aprovechas al máximo el poco tiempo que les dedicas.

Por alguna razón, me da que Janice y yo no seremos grandes amigas. Estaba muy ilusionada por haberme mudado aquí, pero ahora me da la impresión de haber elegido el *cul-de-sac* más inhóspito de este lugar. Una vecina intenta ligarse a mi marido, y otra juzga mi dedicación como madre.

Por segunda vez, me pregunto si venir aquí no habrá sido un terrible error.